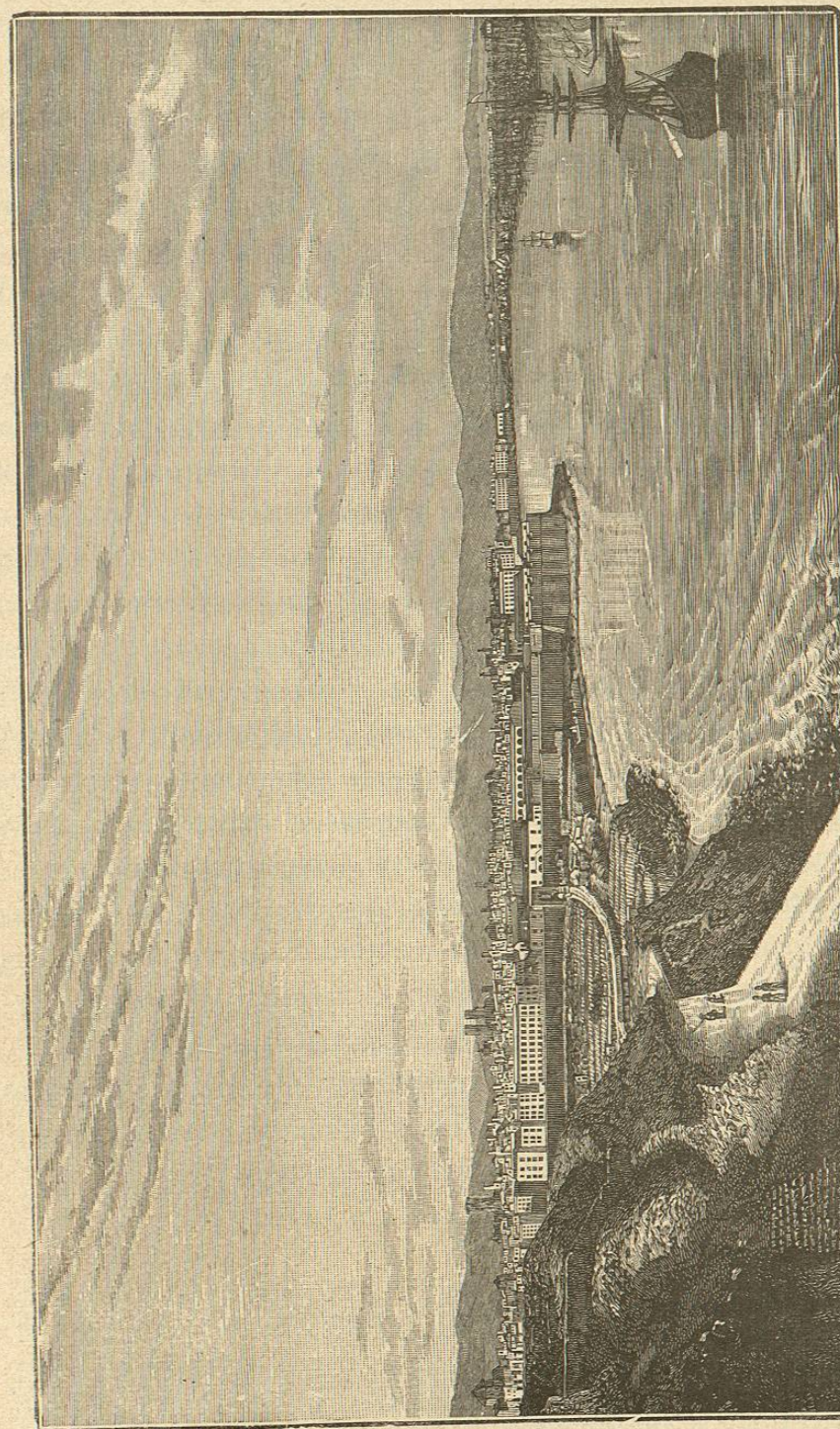


fragmentos de brazos separados del tronco, gran número de manos, negras aún de la pólvora, amontonadas. Apartando un soldado con el pie estos restos, para no pisarlos, alargó la mano «para examinar una espesa caballera, notable por su lustre y longitud.» Creía haber encontrado la caballera postiza de una mujer, pero aquellos hermosos cabellos de ébano estaban todavía adheridos á los restos del pálido y destrozado rostro de una joven. Mientras se recorrían las celdas y habitaciones del convento en busca de algún enemigo oculto en ellas, ó de heridos que socorrer, los canalones góticos del edificio echaban sobre los asaltantes oleadas de sangre humana. Para completar este cuadro, los tiradores escogidos, apostados en el campanario, contemplaban las calles erizadas de barricadas, para proseguir la defensa, y las horcas cargadas de cadáveres. Esta lucha fué proporcionalmente mucho más mortífera para los oficiales que para los soldados, pues el enemigo estaba al acecho y tiraba sobre seguro, escogiendo sus víctimas. Murió el general de ingenieros Lacoste, quien, á pesar de hacer pocos años que había terminado sus estudios, era ya ayudante de Napoleón; el coronel Rognat y el comandante Haxo quedaron heridos: el coronel Dode de la Brunerie, más adelante mariscal de Francia, hubo de encargarse apresuradamente, con el auxilio del comandante Valazé, de la dirección de los trabajos de sitio. Por fin, al cabo de tres semanas de esta espantosa lucha, Palafox, moribundo, se decidió á capitular. De los 100.000 habitantes que contaba la población al comenzar el sitio, habían muerto más de 50.000; de los 22.000 soldados de Palafox, quedaban apenas 10.000, extenuados por las enfermedades, la fatiga y el hambre. Los franceses experimentaron 3.000 bajas, entre muertos y heridos (1); de 40 oficiales de ingenieros resultaron 27 muertos ó heridos; pero nunca tuvieron más allá de 14.000 hombres ocupados directamente en el sitio, «y fué verdaderamente extraordinario que sin fanatismo, sin ferocidad, y

(1) Estos son los datos oficiales, pero el cálculo más prudente hace ascender el número de bajas de los Franceses á diez ó doce mil. «¿Cuándo se ha visto, dice un historiador, desproporción tan desmedida y extraordinaria en sitio de plaza alguna del Universo, aunque haya resistido, si es posible, con más obstinada tenacidad y firmeza, y que haya sido por triplicado tiempo que la de Zaragoza? A este respecto deberían corresponder á los tres mil hombres sólo ocho ó diez oficiales artilleros ó ingenieros y menos de cien de las otras armas.» —(N. del T.)



Vista general de la ciudad y el puerto de Barcelona (copia de un dibujo de la época)

combatiendo sólo por el honor de la bandera,» hubiesen vencido á más de 40.000 enemigos, protegidos por murallas (1) y animados por los más exaltados sentimientos (20 de Febrero de 1809). La guarnición debía quedar prisionera, pero obtuvo los honores de la guerra. «Las tropas que la formaban salieron en columna de honor, con sus banderas y sus armas; tal vez nunca se ha presenciado espectáculo más triste y más conmovedor: trece mil hombres enfermos, llevando en su sangre el germen del contagio, convertidos en esqueletos, con las barbas sin afeitar, negras y descuidadas, y débiles hasta el punto de sostener con dificultad sus armas en la mano, marchaban al redoble de un tambor; sus trajes estaban sucios y destrozados, en una palabra, retratábase en ellos la más espantosa miseria. Cierta sentimiento de indefinible orgullo y altivez se veía aún en sus rostros, lívidos y ennegrecidos por el humo de la pólvora, y énsombrecidos por el odio y la tristeza. El traje español, de vivos colores, hacía destacar su cuerpo; el ancho sombrero redondo, adornado de algunas plumas negras de gallo ó de buitre, puesto sobre la frente, y la capa parda ó la manta, echada negligentemente sobre tanta variedad de trajes de Aragoneses, Catalanes y Valencianos, daban todavía cierta gracia y casi elegancia á los ennegrecidos harapos que vestían aquellos espectros vivientes. Sus mujeres é hijos que iban entre las filas con las lágrimas en los ojos, volvían repetidas veces su cabeza hacia la Virgen, á la que suplicaban todavía. Al depositar sus armas y entregarnos sus banderas, apoderóse de estos valientes violento dolor y desesperación. Brillaban sus ojos, encendidos por la ira, y sus feroces miradas parecían contar nuestras filas y reprocharse mutuamente el haberse rendido ante tan corto número de enemigos (2).»

(1) Llamar murallas á las tapias de barro de Zaragoza sólo puede ocurrirsele á quien no conozca la población y no haya visto los restos que aun subsisten en tales murallas.—(N. del T.)

(2) Esta cita, como la Mayoría de las que la preceden, está tomada de las *Memorias del general Lefebvre*. Pocas narraciones hay tan dramáticas y tan llenas de vida como su capítulo sobre el sitio de Zaragoza. Siendo de todo punto imposible copiarlo todo, remitimos á nuestros lectores á lo que se refiere respecto á los contingentes extranjeros, y principalmente de los Polacos, sostenidos en tan terribles pruebas por un sentimiento de resignación cristiana y por su acendrada fe, que encontraba un consuelo en las imágenes y cuadros religiosos que aparecían á cada paso entre las ruinas. Citaremos también la muerte del marqués de Pignatelli, un *josefino* que estuvo á punto de ser ahorcado por

El mariscal Lefebvre derrotó al ejército de Extremadura en Almaraz, y Víctor al de Andalucía en Uclés (13 de Enero de 1809). En Cataluña, 70.000 hombres atacaron á Duhesme en Barcelona (1), librándose gracias á la llegada de Gouvión Saint-Cyr con 30.000 italianos, que realizó independientemente una campaña admirable (2). La victoria de Llinás (4 de Diciembre de 1808), sobre Valdés, aseguró la posesión de Barcelona (16 de Diciembre), y las de Molins de Rey y Valls rechazaron á los Españoles de Tarragona.

No fueron menos afortunadas las armas francesas en Galicia, á donde el ejército inglés de Moore sólo llegó para poder recoger los restos de los cuerpos ya vencidos. Propúsose el general inglés, al ver á Soult ocupado en apoderarse de Asturias con sólo 14.000 hombres, aislarle de Napoleón; éste, que no había querido entrar en Madrid, se había quedado en Chamartín, pueblecillo de las cercanías, de cuyo punto salió tan pronto como advirtió el movimiento de los Ingleses (22 de Diciembre), pasó el Guadarrama con toda rapidez, á pesar de la nieve, y atravesó después el Duero en Tordesillas, para cerrar á los Ingleses el paso á Galicia. Moore, al saber que los Franceses le perseguían, se apresuró á retirarse hacia la Coruña, yendo tras él el Emperador y Soult, que se habían reunido en Astorga (1.º de Enero de 1809). Para escapar mejor sacrificó sus heridos, sus enfermos, sus

el populacho y al que Palafox pudo salvar encerrándole en la cárcel. El desgraciado, que esperaba todos los días una muerte horrible, murió de alegría al ponerle en libertad los Franceses. Debemos también colocar en lugar preferente entre los defensores más útiles para Zaragoza al perro *Mira*, cuyo dueño, el contrabandista Juan Pérez, se servía de él para proporcionar noticias á Palafox. Le ponía en el cuello un collar de piel, cuyo pelo era del mismo color que el perro, y en este collar, perfectamente cosido, llevaba el aviso: «Llegan noticias, danos noticias.» Por la noche atravesaba el perro las líneas francesas y se iba á su casa, en Barbastro, donde vivía la mujer de Pérez. *Mira* tuvo la habilidad suficiente para no dejarse coger por los Franceses, que no se enteraron de sus maniobras hasta después de tomada la ciudad. Véanse también los fragmentos de la *Correspondencia* de Bugeaud, uno de los que concurrieron al sitio, en el tomo III de la obra de M. Ideville sobre el mismo mariscal. En el *Centro Mercantil Industrial y Agrícola* de la ciudad de Zaragoza hay una colección de cuadros representando los hechos más notables de Zaragoza en la guerra de la Independencia.

(1) El ejército que se formó á las órdenes de D. Juan Miguel Vives, constaba de veinte mil hombres escasamente. Como los datos del autor están tomados de las notas oficiales francesas, tiende siempre á aumentar el número de los enemigos y á disminuir el propio.—(N. del T.)

(2) En esta batalla, dice Thiers, los Españoles tenían treinta y tantos mil hombres. Toreno los reduce á once mil, y Lafuente dice que «por nuestros datos no podían pasar de catorce.»—(N. del T.)

bagajes y una parte de sus caballos, á los que hizo cortar los jarretes. Con objeto de reorganizar sus columnas hizo alto en Calcabelos (3 de Enero), en donde se trabó un furioso combate, que costó la vida al joven general Augusto Colbert, uno de los más brillantes oficiales del arma de caballería (1). «Su hermosa y marcial figura, ha dicho un inglés, el coronel Napier, su voz, su apostura, y principalmente su extraordinario valor, habían despertado la admiración de los ingleses, causando su muerte profundo sentimiento en el ejército (2).» Era este general el vigésimo séptimo descendiente del gran ministro de Luis XIV que había tomado la carrera militar y el décimocuarto que moría en el campo de batalla.

Moore llegó por fin á la Coruña después de haber perdido diez mil hombres, y no encontrando en ella la escuadra inglesa, presentó batalla ante la ciudad y fué vencido y muerto (16 de Enero). «Había deseado siempre morir de esta manera,—dijo Moore en sus últimos momentos.— Espero que el pueblo inglés quedará satisfecho.» Moore logró así dar tiempo suficiente para la llegada de la escuadra inglesa y salvar á su ejército. Sin embargo, Soult se apoderó de la Coruña y del Ferrol, teniendo que terminar solo esta campaña, pues desde el 6 de Enero Napoleón se vió obligado á volver á Valladolid para ocuparse de los preparativos militares de Austria y de la quinta coalición, que se estaba formando y que en pocos meses iba á ser derrotada. Pero mientras Europa temblaba al escuchar los nombres de Eckmühl, de Ratisbona y de Wagram, los Españoles aprendían el catecismo siguiente:

— Dime, hijo mío, ¿qué eres tú?—Español, por la gracia de Dios.

—¿Quién es el enemigo de nuestra dicha?— El Emperador de los Franceses.

(1) Sus otros dos hermanos, Eduardo y Alfonso, que se alistaron el mismo día que él, en 1793, en el batallón de Guillermo Tell (sección de Bruto), llegaron también á generales, en 1809 el primero y en 1814 el segundo. Por un decreto imperial de 9 de Febrero de 1810, se dispuso que se colocara la estatua del general Colbert en el puente de la Concordia, con las de los generales, sus compañeros, muertos por el enemigo: Saint-Hilaire, Espagne, Lassalle, Lapisse, Cervoni, Lacour y Hervo. En el museo de Douai existe un cuadro pintado por Schnetz sobre la muerte de Colbert.

(2) Las frases que el Emperador le atribuyó en el *Boletín* del Grande-Ejército son apócrifas; pero Napoleón no quiso perder esta ocasión para excitar el patriotismo y el valor de sus soldados.

—¿Cuántas naturalezas tiene?—Dos: la humana y la diabólica.

—¿Cuántos emperadores hay en Francia?— Uno solo verdadero y tres personas.

—¿Cuáles son?— Napoleón, Murat y Godoy.

—¿Cuál de ellas es la peor?— Las tres son iguales.

—¿De dónde viene Napoleón?— Del pecado.

—¿Y Murat?— De Napoleón.

—¿Y Godoy?— De ambos.

—¿Cuál es el espíritu del primero?—El orgullo y el despotismo.

—¿Y el del segundo?— La rapiña y la crueldad.

—¿Y el del tercero?— La concupiscencia, traición é ignorancia.

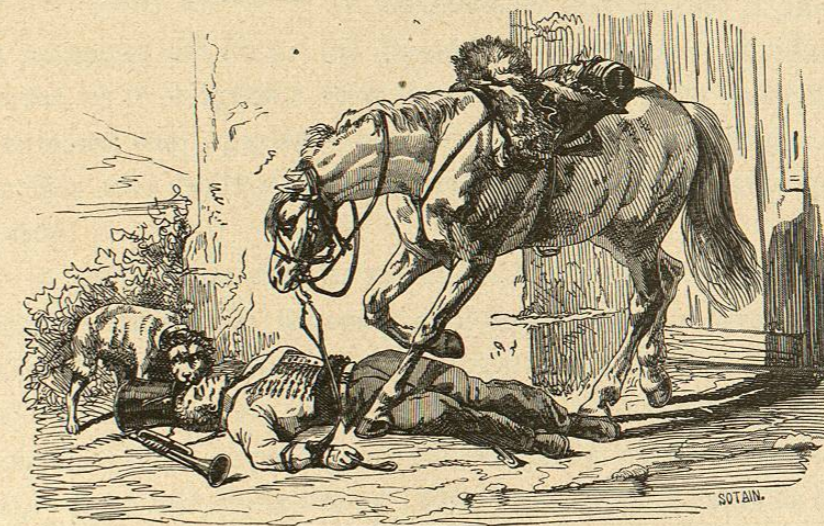
—¿Qué son los Franceses?— Antiguos cristianos que se han hecho herejes.

—¿Es pecado matar á un francés?— No, padre, antes bien se gana el cielo matando uno de estos herejes.

—¿Qué pena merece el español que falta á sus deberes?— La muerte infame de los traidores.

—¿Quién nos librá de nuestros enemigos?— Nuestra unión y las armas (1).

(1) *Catecismo civil y pequeño compendio de los deberes de todo español*. Se encuentra en las *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, tomo X, pág. 505.



El caballo del trompeta. (Dibujo de Horacio Verne)